A los treinta años de la guerra mundial

EL ESPÍRITU BUENO Y EL ESPÍRITU MALO DE 1945

Il novedemientos cuarenta y cinco agolpa ahora su recuerdo sobre la actualidad de 1975. Comenzó entonces a configurarse el mundo en el que vivimos: terminó la guerra. Todo puede comenzarse ahora: la muerte de Hitler y la de Mussolini, el desbandamiento de la URSS sobre una parte de Europa, la implantación económica y militar de los Estados Unidos sobre otra. Una gran esperanza abierta, y una serie de nuevos juegos políticos para devorarla. Un poco más adelante, las bombas sobre Hiroshima y Nagasaki, un resplandor que todavía ciega al mundo, la caída del Japón, la entrada fuerte de Estados Unidos en Asia —de donde, treinta años después, está saliendo— más allá, el comunismo en China.

La conmemoración, en Europa, ha sido un poco escasa, un poco vergonzante. Se temía herir los sentimientos de Alemania y de desenmascaramiento de su patria un día de fiesta. Por la democracia cristiana, el presidente —del partido— Kohl, ha dicho que se trata «un día de vergüenza, de tristeza y de reflexión». El go

Juan Aldebarán

Italia, ahora alliadas y copartícipes en los grandes mecanismos militares y económicos europeos, en la dependencia de los Estados Unidos. Las contradicciones pululan. Veamos cómo las resuelven mal en la propia Alemania-Ocidente. Para Willy Brandt, los alemanes no tienen ninguna razón de hacer de la destrucción y del bienno no podía conformarse con esas palabras. Tener que dar la versión oficial del día conmemorativo y lo correspondía hacerlo a Walter Scheel, presidente de la República. «El 8 de mayo de 1945 el régimen nacionalsocialista se hundió para siempre. Hemos sido liberados de un yugo español, de la guerra, del crimen, de la servidumbre, de la barbarie. Pero no olvidemos que esa liberación ha venido de fuera; que nosotros, los alemanes, no hemos sido capaces de liberarnos nosotros mismos de ese yugo. Ha sido preciso que la mitad del mundo fuese destruida antes de que Adolfo Hitler fuese expulsado del escritorio de la historia. Pero el 8 de mayo no es solamente el final de la dictadura hitleriana, sino también el imperio alemán. El Reich alemán no era la obra de Hitler: era el Estado de los alemanes, en la obra de un gran hombre de Estado aleman. Tendremos que anar antes nuestra patria porque se haya apoderado de ella o porque vayase a destruirnos.»
EL ESPÍRITU BUENO Y EL ESPÍRITU MALO DE 1945

Palabras agudas. Evocar a Bismarck para borrar a Hitler del primer mundo sería un error. La Nostalgia del Impulso de Alemania quería unir a todos. La Nostalgia del Reich quería unir a todos sin importar su color, simplemente, lo que se llevaba a la realidad. Para muchos alemanes, el 8 de mayo de 1945 fue una fecha de alegría y fiesta, un día de liberación. Pero Hitler, aunque murió en prisión, dejó un legado que no fue fácilmente olvidado.

Nuevecientos cuatro y cinco, la fecha en que se prohibió duramente la comida en los rigor de por venir que lo destruyó, quizás la mejor y el de la inauguración de una nueva era. No precisamente atómico, sino de paz y de cordialidad. El espíritu de 1945 consistía en creer para y simplemente que el Mal absoluto estaba radicado en el fascismo —con sus diversos nombres— y el Bien sin fisuras ni resquicios en la Democracia. Era el día en que Alemania había pasado de Estados Unidos, unido a la Revolución que manaba de la URSS, los dos países, unidos, junto a la curva de las Naciones Unidas, una en su ley de derechos del hombre. Las guerras producen esas simplificaciones. Los fines de guerra, muchas veces, son obtenidos en estos treinta años de paz.

Porque, en la realidad, había cosas muy diferentes, conforme a la época del hombre de la calle, y el hombre que estaba en guerra todavía. La realidad estaba en las confesiones de los alemanes: un hombre con una vida de paz. En sus prolongaciones menos visibles, estaba en los tratos entre aliados. Lo que se sabía de las grandes conferencias eran las fechas sonrientes y ejemplos de unidad y convivencia, lo que no se sabía es que, por una parte, Churchill y Truman conspiraban ya para ver la posibilidad de un pacto antisionista; por otra, dudaban de la forma de tratar a Francia. Mientras, Truman veía la posibilidad de que la Gran Bretaña y la URSS buscara la forma de asentarse en Europa. Se discutían nuevas fronteras, zonas de influencia, líneas de respeto. Se preparaba, ya, la guerra fría: o quizá la guerra fría no fue más que una modificación de algo que pudo haber llegado mucho más lejos de lo que habían pensado. Se inesperaba: que la URSS proclamó, también, la batalla atómica. Hubo, en realidad, dos espíritus de 1945: el de la gente, el de los combatientes y los liberales —sólo el de la gente que ganó o creyó ganar la guerra— y el de los estadistas, que podían ocurrir que el número de muertos fuese superior a los movilizados: la cuenta engañaba la población civil, hacía lo que se dirigía ahora la técnica del «overkill» de esos 50 millones de muertos, 12 lo fueron en campos de concentración: algo también totalmente inédito en la historia del mundo (aunque los alemanes no fuesen sus inventores: se emplearon en la guerra de Secesión de Estados Unidos; pero los alemanes desarrollaron su técnica hasta límites inimaginables). Estas cifras afectan especialmente a la Unión Soviética, que dio el mayor número de muertos y destrucciones, luego a Alemania, después a Francia y luego a Gran Bretaña. Pero una nación había quedado prácticamente ictusada, los Estados Unidos. Era, por lo tanto, la verdadera vencedora de la guerra. Hubiese sido la potencia ehenomía de equívocaciones de Hitler y de sutiles aciertos de Stalin (si Hitler ni Stalin fueron, como se quiere creer ahora, palacios místicos, genios megalomaníacos, seres enfermizos, a pesar de estos componentes estuvieran en sus personalidades: eran dos híbridos políticos que sabían que fuerzas nacionales podían movilizar, cómo y para qué) produjeron el cambio total. El principal error de Hitler fue el de creer que los Estados Unidos no entrarían en la guerra, y que Alemania sólo podría vencer a todos sus enemigos europeos, incluida la URSS. Errores que no esperaban a demostrarse con la entrada de los Estados Unidos en guerra: ya en Salamanca Hitler había comenzado a perder la guerra.

A pesar de esta situación, Hitler siguió creyendo que podía haber una guerra entre aliados, un enfrentamiento entre Estados Uni-
Los vencedores saludan a la bandera aliada en Berlín (agosto de 1945). De izquierda a derecha, los estadounidenses Montgomery y Zhukov y los generales Eisenhower y Kennig.

Hitler, muerto. Alemania, ocupada, los alemanes creerían siempre posible esta idea del Führer. Lo que no pudo hacer lo conseguiría la democracia cristiana gobernante. Desde 1945, los Estados Unidos consideraron ya a Alemania Occidental como una fortaleza frente a la URSS. Y ése fue uno de los hechos más grandes de 1945. Todo, en ese mismo año, convivió ya hacia la hostilidad. Fue el año en que Churchill pronunció su frase del «teorón de acero» (en la Universidad de Fulton) y fue el año en que se fundaron las Naciones Unidas –25 de julio– Estados Unidos y la URSS se disputaban los votos que debían dar a una de ellas la preeminencia (gando Estados Unidos, y durante muchos años las Naciones Unidas fueron suyas; más tarde, el aluvión de nuevas naciones independentes cambiaría la dosificación, no tanto en favor de la URSS como en contra de Estados Unidos).

Entre los males que trajo 1945, uno muy importante para Europa fue el de la pervivencia de las situaciones políticas. Por ejemplo, los Estados Unidos pusieron al frente de las grandes potencias a las democracias cristianas. Los partidos demócrata-cristianos eran, antes, una posición típica de centro, en los que aparecían algunas ramas que iban hacia la izquierda y otras más conservadoras. La elección de las democracias cristianas por los Estados Unidos como partidos de contención contra el comunismo y contra el fascismo, en la Alemania y la Italia derrotadas —mas tarde, en Francia— produjo una brusca inclinación a la derecha de estos partidos clásicos: no tenían por qué combatir al fascismo, ya no existía o se oscuaba, y empezaron toda su fuerza para cerrar el paso al comunismo. Cuando en estas situaciones se quería cerrar el paso al comunismo, siempre se cerraba el paso también a otras ideologías y otros partidos de la izquierda. En las democracias los cambios en las leyes electorales y el funcionamiento del parlamento y las garantías de los partidos han de ser tales —sobre todo si, como en la posguerra europea, el comunismo era muy numeroso, por adhesión a la URSS y por la esperanza de nuevas épocas— producen una alteración total de la realidad y todo gobierno se hace artificial; no representa la opinión pública. Todavía Europa vive en estas contradicciones (las democracias cristianas actuales no responden totalmenve a ese esquema de posguerra; muchas se parecen más a los modelos antiguos de centro, aunque aún se las ve en Alemania manteniendo puntos de vista: más conservadores, o en Chile apoyar como lo hicieron, y ya se han reforzado hasta solidamente —en el régimen fantasma—. En realidad, las fronteras europeas actuales son las que se fijaron en 1945; muchas de ellas por razones que no son límites y se deifican en ritos oficiales —a menudo el régimen fantasma—.

Más que las fronteras son las ideales espirituales de 1945 las que comienzan a desaparecer. Los dos organismos militares paralelos y enfrentados tienden a disolverse —quizás pasen muchos años, o muchos decenios, antes de que lo hagan—; la coexistencia entre Estados Unidos y la URSS continúa a la guerra fría; no se ve razón para temer una guerra entre las dos grandes potencias, aunque hay muchos años; y no se ve ya que otorgue poder a los demás ámbitos pudiendo alcanzar a Europa en virtud de sus alianzas. La economía, en occidente, sigue siendo tributaria de la de Estados Unidos, es una forma más o menos visible de 140.000 millones de dólares de intercambio comercial que Estados Unidos en la guerra de Vietnam es que las de las causales de la inflación europea; tal infección más la acción de los Estados Unidos en el este asiático, cuya tensión causante de la escasez de petróleo, y sigue ejerciendo Estados Unidos su influencia —observése, dentro de unos días, el paso de Ford por Europa—, mientras la URSS lo sigue siendo de las naciones de su zona de influencia (no sí ambiguos movimientos de tipo nacionalista o de «nuevas vías» del comunismo en algunos países repúblicas populares). El mapa ha cambiado y está cambiando en otros continentes: en Europa se mantienen como en 1945; con las opciones políticas, económicas e incluso morales, que está variando y parece que de alguna manera la coexistencia permite regresar a lo espiritual de 1945, con muchas precauciones: el espiritu de la colaboración, del entendimiento de una apertura democrática. Algo tan débil que un soplo trágico podría ser matizado. Pero que volviera a reaparecer. Parece que está, como decían los latinos, en la naturaleza de las cosas.